

MONOGRAFIA

“EL EJERCITO MEXICANO”

INTRODUCCION Y CONCLUSION DE LA MISMA

Vamos á presentar al Ejército Mexicano, y tenemos que hablar de sus orígenes, de las razas que formaron sus contingentes, de la sangre y de los nervios que concurrieron á dar vida al protoplasma, de los ideales que lo iluminaron, de la escuela de sus dolorosas experiencias, y de las enseñanzas en que se ilustrara. Todo ello lo haremos con la brevedad que demanda el limitado espacio de que disponemos; y hay que advertir que la vida del Ejército es la vida de México, la reseña de esa institución, es una reseña nacional, dado que nuestro país ha sido esencialmente militar, hasta hace pocos lustros en que, conquistada la paz, entró en una nueva era.

Si abrimos los ojos atentos á la Historia, miramos las venerandas sombras del pasado alzarse melancólicas, solemnes, y hablarnos de los tiempos que no son; las oímos decirnos qué moléculas integraron el sér que hoy nos alienta; qué rayos de luz,

al pensamiento que nuestros espíritus enciende; qué sangre, empapando nuestros campos, marcó la vía en que caminamos; qué sacrificios nuestros mayores consumaron; qué angustias sufrieron, y á qué heroicidades, elevándose, una patria con gloria nos legaron.

*
* *

Después de la *introducción* que antecede, se hace á grandes rasgos la historia del Ejército, y se detalla el estado en que se encuentra, para finalizar con la siguiente *conclusión*:

Hemos pasado por las amargas pruebas que nos impuso la ley ineludible de nuestros antecedentes históricos, de los atavismos de las razas de que somos la resultante, de la ebullición de sangres enemigas, que se mezclaron con sus odios y sus energías contrarias; y al fin, depurados por el fuego de todos los tormentos, acrisolados, después de sufrir el martirio de tremendas luchas, nos podemos presentar ante el mundo con un ejército que ha sabido, sacrificándose, formándose entre la matanza, salvar la independencia y la libertad de la Patria, formidablemente amenazadas en un luctuoso periodo de sesenta años de constantes guerras.

Aquí está, pues, este ejército mexicano, con sus 26,000 soldados en la paz, con sus 160,000 soldados en la guerra, teniendo por historia la que hemos trazado, por norma el deber, y por religión el honor.

Para saber cómo este ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República, y hemos visto á sus héroes luchar, remontándose gloriosos á la luminosa región de los inmortales.

¡Qué cuadro hemos presentado! Se esboza el campo con su maleza bravía, su arboleda sombría, sus montañas y sus torrentes salvajes; el flechero cazador allí, es el guerrero que disputa la presa ensangrentada, y alza el chuzo con nervioso empuje, y lo hunde en el pecho del contrario.

Aparece la tribu armada de lanza y arco, que defiende un campo en que hizo brotar la planta noble, que brinda el alimento tan buscado. Se advierte la ciudad embrionaria, que se apresta á la lucha por su sosiego, en que anhelante trabaja por su bien, y que turba la atrevida hueste, ávida de botín. Se mira la nación, la raza que reúne sus contingentes, y que forma las falanges guerreras, que defienden la tierra en que se extiende y se sustenta, la tierra en que su vida desarrolla, ó que se lanza á dar más amplitud á las fronteras, á buscar para su acción nuevos países.

Es la raza azteca esa raza, y se la ve asentarse en el Anáhuac, sobre un valle cubierto de lagos y arboledas; se la ve combatiendo con los vecinos, y organizando un ejército asombroso; pero hombres extraordinarios, cubiertos de hierro, invulnerables á las armas de los aborígenes, y que disponen del fuego y del rayo (el arcabuz y el cañón), aparecen por el Oriente, aliados con sus innúmeros y antes vencidos enemigos, y ahogan á sus guerreros en su sangre, y sujetan al pueblo subyugado á largo cautiverio.

De la mezcla de conquistadores y cautivas, nace una nueva y ardorosa gente, que arroja al fin á los advenedizos que, siempre engreídos, conservar quisieron el dominio, cansándolos, vencéndolos en

cruenta, prolongada guerra; y entonces se forma una nacionalidad heterogénea, la nacionalidad mexicana, de distintos orígenes y aspiraciones, de ilustración diversa; y luego esa nación es campo de anarquía: conmueven por sesenta años su tierra, la pelea y la lucha contra propios y extraños. ¡Cuánta sangre y qué vitalidad para soportar las terribles y constantes hecatombes!

¡Qué época la de nuestras guerras! ¡Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo como llamas encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronces, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas: tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa; se yergue al cielo por el ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.

Al reflejarnos la Historia en su gigante espejo fiel, la perspectiva de los tiempos idos, el vértigo de lo infinito nos invade, se siente el deseo de acciones grandes, y la emoción, electrizando nuestros nervios, nubla la vista y aprieta el corazón.